

Viaje al interior

80 días en furgo por la
España olvidada

Fran Zabaleta

Viaje al interior

80 días en furgo por la España olvidada

Fran Zabaleta

*Para todos los que viajasteis conmigo,
escondidos en los pliegues de la Lagartija.*

© Fran Zabaleta, 2018

Título

Viaje al interior. 80 días en furgo por la España olvidada

Primera edición: diciembre 2018

Fran Zabaleta

Maquetación

Pío García, 2018

Editorial

Los libros del salvaje

Rúa Troncoso 4, 2º

36206 Vigo

ISBN: 978-84-949646-1-9

La editorial Los libros del salvaje defiende que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los libros del salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Repográficos: cedro.org.

ÍNDICE

9 - PRÓLOGO

29 - A TRAVÉS DE PORTUGAL

31 - 1 Ya me he liado yo solo otra vez

36 - 2 Un país devastado

42 - 3 Una reina cadáver y otra que reina por una noche

49 - EXTREMADURA

51 - 4 Mucho más que un puente

59 - 5 Un tesoro encontrado y una civilización perdida

71 - 6 La búsqueda de Tartessos

80 - 7 Entre águilas y dehesas

85 - 8 Tierra de frontera

94 - 9 El berrinche de la Lagartija

106 - 10 Al margen del tiempo

111 - ANDALUCÍA

113 - 11 De Acinipo a Antequera

118 - 12 La ciudad enamorada

127 - 13 Un castillo de piedra y otro sobre ruedas

140 - 14 Olivos, íberos y decepciones

155 - 15 El único desierto de Europa

166 - 16 El paraíso de los últimos jipis

170 - 17 Un paseo por la prehistoria

182 - 18 El panteón de un secretario

193 - REGIÓN DE MURCIA

195 - 19 Caravaca y la obsesión por las reliquias

206 - 20 De las entrañas de la tierra al monte Arabí

215 - PAÍS VALENCIA

217 - 21 Batallas y tesoros

224 - 22 Recolectores de miel prehistóricos

231 - CASTILLA-LA MANCHA

233 - 23 Por la tierra de los grandes horizontes

240 - 24 La ciudad del teatro y el país del agua

250 - 25 Dos castillos y un tesoro enterrado

259 - 26 Cosas que pasan cuando viajas

266 - 27 El niño que pudo reinar

273 - 28 El murmullo de las piedras

287 - ARAGÓN

289 - 29 El señorío independiente

295 - 30 La geografía del silencio

303 - CASTILLA Y LEÓN

305 - 31 Tierras recias

312 - 32 Las entrañas de Castilla

324 - 33 El país ensimismado

337 - EXTREMADURA OTRA VEZ

339 - 34 Los paraísos perdidos de Extremadura

355 - CASTILLA Y LEÓN, EL REGRESO

357 - 35 Comuneros y pasos honrosos

369 - EPÍLOGO

Una vuelta a España en 80 días

373 - NOTAS

374 - AGRADECIMIENTOS

379 - SOBRE EL AUTOR

380 - ANTES DE QUE TE VAYAS

PRÓLOGO

De cómo un libro desencadenó un viaje

En marzo de 2017, un libro se apoderó de mí. Fue algo inesperado, como suele suceder con los libros: a menudo te atrapan los que menos te imaginas, esos que comienzas a leer sin expectativas, porque buscas algo diferente o porque, simplemente, te atrae la portada o la sinopsis.

El autor era sobradamente conocido: John Steinbeck, Premio Nobel de Literatura en 1962. Cuando todavía pensaba que había que tragarse todos los clásicos, allá por mis ingenuos veinte años, leí dos de sus obras que sigo recordando con admiración, *Las uvas de la ira* y *La perla*, pero desde entonces no había vuelto a cruzarse en mi camino.

Hasta ese momento.

Me decidí a leerlo porque no se trataba de una novela, sino de un libro de viajes. Supongo que hay un momento en la vida para cada cosa, y ese era el mío para la literatura de viajes. Nunca me había llamado la atención hasta que, unos meses antes, mientras me documentaba para una novela, leí *Viaje a través de las Antillas*, de Patrick Leigh Fermor, que me descubrió el género e hizo que me pusiera a devorar libros de temática viajera.

El de Steinbeck se titulaba *Viajes con Charley* y narraba un recorrido del autor por Estados Unidos en una camioneta transformada en vivienda. La perspectiva de recorrer Estados Unidos de punta a punta con la mirada de alguien tan interesante como Steinbeck como guía se me antojó muy apetecible. Steinbeck era un tipo con una especial sensibilidad social, razón por la que siempre me cayó simpático. Y al personaje se le añadía en este caso que se trataba de un viaje en autocaravana, una forma de viajar con la que yo llevaba soñando desde los veinte años. Así que abrí el libro y me puse con él.

No tenía ni idea de lo que su lectura estaba a punto de desencadenar. En el primer capítulo, cuando todavía estaba tratando de acomodar mi cuerpo al viaje que comenzaba, tropecé con el siguiente párrafo:

Mi plan era claro, conciso y razonable, creo yo. He viajado por diversas partes del mundo durante muchos años. En Estados Unidos vivo en Nueva York, o me voy a Chicago o a San Francisco. Pero Nueva York no es más los Estados Unidos de lo que París es Francia o Londres es Inglaterra. Así que descubrí que no conocía mi propio país. Yo, un escritor estadounidense, que escribía sobre Estados Unidos, estaba trabajando de memoria, y la memoria es, en el mejor de los casos, un depósito defectuoso y deformado. No había oído el habla del país, ni olido la hierba ni los árboles ni las alcantarillas, ni visto sus cerros ni sus aguas, ni su color ni la calidad de su luz. Sabía de los cambios solo por los libros y los periódicos. Pero, aparte de eso, llevaba veinticinco años sin sentir el país.

Dejé el libro sobre las piernas y mi mirada vagó por la ventana. Me encontraba en San Andrés, un pueblecito de Tenerife cercano a la capital que todavía se conserva fiel a sus orígenes pescadores. La luz intensa de Canarias refulgía sobre las aguas del Atlántico. A mi izquierda, el macizo de Anaga, una impresionante mole volcánica rota por profundos barrancos y tapizada por el verde intenso de la vegetación, se cernía sobre el pueblo. Era una perspectiva hermosa y relajante, pero en ese momento mi imaginación estaba muy lejos de allí.

Me acababa de dar cuenta de que, al igual que Steinbeck, yo también era escritor... e igualmente desconocía casi por entero mi país.

Sí, había estado en muchos sitios. Había recorrido Galicia de abajo arriba y de arriba abajo, solía pasar largas temporadas en las islas Canarias y había visitado la costa cantábrica, levantina y andaluza en diversas ocasiones. En general, la periferia de la Península no me resultaba ajena, pero el interior era un inmenso agujero negro horadado aquí y allá por las luces de alguna ciudad.

Soria, Palencia, Ciudad Real, Jaén, Badajoz, Guadalajara, Cuenca, Teruel, Álava y tantos otros territorios eran solo nombres. Las capitales aparecen de vez en cuando en la prensa o en los telediarios, pero los pue-

blos y las aldeas lo hacen como excepción, y cuando se les menciona suele ser por motivos poco halagüeños. Permanecen al margen, como si existieran en una realidad paralela e inmutable, como si se tratara de territorios congelados en la imaginación. Llevaba oyendo sus nombres desde la escuela, y todavía podía citar de memoria los ríos y los sistemas montañosos que los atraviesan o resumir los sucesos más destacados de sus historias particulares, no solo porque eso es lo que estudié en la universidad, Geografía e Historia, sino porque durante décadas trabajé como editor de textos escolares y tuve que lidiar con muchas adaptaciones autonómicas.

Pero eso era todo. Solo nombres, sin vida propia. Nunca me había perdido por sus yacimientos arqueológicos o admirado sus monumentos, ni recorrido sus parques naturales, sus montes y sus pueblos. Como Steinbeck, «nunca había oído el habla del país, ni olido la hierba ni los árboles ni las alcantarillas, ni visto sus cerros ni sus aguas, ni su color ni la calidad de su luz».

Ese día de marzo en San Andrés, con la mirada perdida en el azul del mar, me di cuenta por primera vez de que yo también desconocía mi país. Y me entraron unas ganas tremendas de remediarlo.

Un país llamado España

Mi cabeza hervía. Ya no se trataba solo de que no conociera esta o aquella localidad del interior, sino de algo más profundo, una vieja perplejidad que afloraba al rebufo de lo que leía: la sensación de que no entendía mi país.

Desde siempre, el concepto de España se me antojó extraño, como si hubiera en él algo inaprensible y escurridizo. Basta abrir cualquier periódico para encontrarse con comentaristas que parecen poseer las claves para entender el país, sus peculiares costumbres, sus paranoias y su idiosincrasia, pero yo siempre tuve la impresión de que hay algo en él que resulta tremendamente complejo, distinto, una cualidad que en ocasiones me ha hecho pensar que este es un país imposible, una suma de países que se mantienen unidos solo por la fuerza, y en otras lo contrario, que pese a las muchas diferencias internas España posee una personalidad muy de-

finida, si es que tal cosa puede decirse de un país. Una personalidad, por cierto, que hace exclamar a James A. Michener, el autor de *Iberia*:

De la misma manera en que esta formidable península se adentra físicamente en el Atlántico y se mantiene aislada, el concepto de España penetra en la imaginación filosóficamente, creando efectos y planteando cuestiones distintas a las evocadas por otras naciones.

Tengo la sensación de que esa clave para comprender mi país lleva toda la vida eludiéndome. Se me ocurre que quizá se deba a que nací y vivo la mayor parte del año en Vigo, en el extremo más occidental de la Península, pegado a la misma línea de la costa. Vivir en la costa es vivir entre dos mundos, con la mirada volcada en la inmensidad del océano y de espaldas a la tierra.

Además, claro, soy gallego, una tierra con carácter, historia, lengua y tradiciones propias, muy diferentes de las del resto de España. Recuerdo que de niño, allá por los primeros años de la Transición, cuando en el colegio nos hablaban de la conquista de América o estudiábamos en Literatura la generación del 98, tarde o temprano salía a relucir el supuesto carácter franco y directo de los españoles. A mí aquello no me acababa de cuadrar. Echaba un vistazo alrededor y no veía por ninguna parte a esa gente de la que hablaban los libros. ¿Dónde encajaba esa franqueza con la ironía y la enrevesada sutileza de los gallegos que me rodeaban?

Tardé en aprender lo que, a la larga, tenemos que aprender cuantos vivimos en España, aunque traten de ocultárnoslo: que este país es un territorio mucho más grande y variado de lo que muchos imaginan. Que España, en realidad, es un continente en sí mismo, tan diverso que no puede reducirse a un par de estereotipos.

Mucho más complejo, en todo caso, de lo que nos contaban en los planes de estudios tardofranquistas, que seguían aferrándose a lo de «Una, Grande y Libre» cuando hasta los extranjeros saben muy bien que España es de todo menos un territorio homogéneo.

Y desde mucho antes. Allá por 1845, el hispanista Richard Ford lo dejaba claro en su *Manual para viajeros por España y lectores en casa*:

El término general de «España», conveniente para geógrafos y políticos, parece hecho para despistar al viajero, pues sería muy difícil afirmar una cosa por sencilla que fuese de España o los españoles que pudiera ser aplicable a todas sus heterogéneas partes. [...] Será más conveniente al viajero estudiar cada provincia aislada y analizarla en detalle, prosiguiendo las observaciones de sus particularidades sociales y naturales o la idiosincrasia particular de cada región.

Mientras leía *Viajes con Charley* y viajaba por Estados Unidos de la mano de Steinbeck, decidí que eso era lo que quería hacer: recorrer con calma mi país, como si de un viaje de exploración se tratara. Acercarme a la España interior, la gran desconocida para mí. Hacerme una idea de cómo son sus paisajes y sus monumentos, su naturaleza y su arte, pero también tratar de saber cómo y de qué se vive, cómo se respira y qué se siente tan lejos del mar; comprobar de primera mano si el interior es casi un desierto humano, como tan brillantemente exponen Sergio del Molino en *La España vacía* o Paco Cerdá en *Los últimos. Voces de la Laponia española*. Y descubrir cómo es el día a día en esos inviernos que, desde la templada costa, siempre me han parecido imposibles.

Me he pasado la vida con la nariz metida entre libros y he leído mucho sobre España, pero nunca había medido la distancia entre la teoría y la práctica, entre lo leído y lo vivido. Nunca había tratado de comprobar si mis ideas sobre el país tenían algo que ver con la España real. Y sabía que, al final, la única forma de conocer un territorio es recorriéndolo a fondo, perdiéndose por sus montañas y sus pueblos, hablando con la gente y observándolo todo con la curiosidad y la fascinación de la primera vez.

Pero no me engañaba. Sabía que era una tarea imposible de realizar con un simple viaje, por mucho que durara varios meses. Lo sabía precisamente porque España es mucho más rica y compleja de lo que siempre nos contaron, y mi desconocimiento demasiado grande. Pero por alguna parte había que empezar, ¿y qué mejor forma de aprender a nadar que lanzándose al agua?

Un arrebató de prudencia

—Voy a alquilar una autocaravana —le comenté a mi amigo Ángel unos días después, mientras tomábamos una cerveza en la terraza de La Negrita, en San Andrés, a un tiro de piedra del mar. Era nuestro refugio habitual a mediodía y a última hora de la tarde, a cualquier hora en realidad. Tanto que entre nosotros le llamábamos «La oficina». Nuestra vida en Tenerife no era demasiado estresante.

—¿De qué hablas?

—Pues eso, que voy a alquilar una autocaravana para recorrer la isla. —Le hablé de *Viajes con Charley* y le conté, más o menos, lo que acabo de escribir un poco más arriba.

No conseguía quitarme el libro de la cabeza. A lo largo de mi vida había deseado comprarme una autocaravana muchas veces, pero es un capricho caro y nunca pude permitírmelo, así que una y otra vez terminé conformándome con la idea con la que solemos confortarnos siempre: «algún día lo haré».

Pero esta vez era diferente. Mientras leía *Viajes con Charley* había decidido que ya era el momento. Que con cincuenta y dos años cumplidos no quería seguir esperando. Además, por una de esas extrañas coincidencias cósmicas, en ese momento podía permitírmelo. Iba a comprarme una autocaravana y largarme a recorrer el interior de España para empezar a rellenar mi mapa mental del país.

No obstante, en un inusual arrebató de prudencia, decidí hacer una prueba antes de lanzarme al vacío, comprobar si realmente me gustaba viajar en autocaravana antes de gastarme un dineral. Sabía muy bien que, demasiado a menudo, lo peor que le puede pasar a un sueño es que se haga realidad.

—Vale, me apunto —Ángel se encogió de hombros.

Le miré con extrañeza. Ángel es como mi hermano. Mejor, porque a él lo he elegido yo. Lo conocí al poco de llegar a Tenerife la primera vez que viajé a la isla para escapar del invierno gallego, y desde el primer momento conectamos. Ambos somos de edad similar, a los dos nos gusta la vida activa y tenemos mucho tiempo libre, así que siempre estamos buscando nuevos retos.

Sin embargo, esa vez no me lo esperaba. Había pensado recorrer la isla yo solo, pues la compañía de los amigos siempre lo hace todo más fácil y lo que yo pretendía era comprobar qué tal me las apañaba viajando por mi cuenta en una autocaravana. Pero, ¿cómo le dices que no a tu hermano? Así que me limité a sonreír y cambié de tema.

Veinte minutos después llegó Juan. Tiene diez años menos que nosotros y es el tercer miembro del clan McAndrew, formado por el exclusivo grupo de amigos que vivíamos en San Andrés, Tenerife. El nombre, me temo, es una inevitable consecuencia de un viaje conjunto a Escocia.

—Oye —le soltó Ángel de repente—, ¿sabes que vamos a alquilar una caravana para recorrer la isla?

Juan nos miró con un preocupante brillo en las pupilas.

—¡Qué guay! ¡Me apunto!

Me rendí a la evidencia y terminé encogiéndome de hombros. Después de todo, iba a ser una prueba colectiva.

Dos semanas después habíamos alquilado una autocaravana destaralada y estábamos recorriendo la isla, experimentando esa peculiar forma moderna de vida nómada.

La idea de viajar con la casa a cuestas y detenernos donde nos apetezca resulta extrañamente seductora para mucha gente. Y es muy comprensible, aunque no seamos conscientes de los verdaderos motivos de esa seducción: hay algo en ella que nos retrotrae a nuestros orígenes, a esos tiempos perdidos en que errábamos por el mundo con nuestras escasas posesiones a cuestas, en busca de alimento y protección.

Fuimos nómadas durante milenios, un tiempo infinitamente mayor que el que llevamos asentados en pueblos y ciudades. Hemos sido nómadas durante más del 99% del tiempo que nuestra especie lleva paseándose por la Tierra. Pese al barniz con que nos han recubierto diez mil años de sedentarismo, nuestros genes, que son algo así como la memoria de nuestra especie, siguen considerándonos nómadas, criaturas en constante movimiento.

Si eres madre o padre, seguro que lo has comprobado muchas veces: el movimiento tranquiliza a los bebés. Basta mecerlos, salir con ellos en el carrito de paseo o subirlos al coche para que dejen de llorar y se duerman. Una corriente antropológica defiende que el vaivén les trans-

mite sensación de seguridad porque llevamos en los genes el recuerdo de los desplazamientos de nuestros antepasados, allá en los albores de la especie: cuando la tribu se desplazaba se hallaba segura, pero cuando se detenía quedaba a merced de los depredadores.

Más todavía: ¿por qué necesitamos hacer ejercicio para mantenernos en forma? Si estuviéramos genéticamente adaptados a la vida sedentaria no necesitaríamos ejercitarnos para alcanzar un estado físico óptimo. ¡Los gimnasios serían salas de tortura! (Ah, espera, eso ya lo son...).

Nos resulta tan natural que ni nos lo planteamos, pero un erizo, por ejemplo, no necesita moverse demasiado para estar en forma. Y no se trata de él solo: hay muchos animales en los que el movimiento no es una ventaja. Para algunos, quedarse quietos y mimetizarse con el entorno o adaptar colores vivos que transmitan peligro a sus depredadores es un recurso mucho más eficiente que salir corriendo. Para los seres humanos, sin embargo, el movimiento continuo ha sido durante milenios un excelente método de defensa, no solo para escapar del territorio de este o aquel depredador, sino para procurarnos alimento.

Lo nuestro es movernos. Correr. Convertirnos en sedentarios no fue una ventaja, sino una necesidad, y trajo consigo, contrariamente a lo que tendemos a pensar, muchas consecuencias negativas. El cazador y recolector obtenía alimento con mucho menos esfuerzo que el agricultor o el ganadero. Yuval Noah Harari, en su imprescindible *Sapiens. De animales a dioses*, aporta datos de lo más revelador:

Aunque las personas de las sociedades opulentas actuales trabajan una media de 40-45 horas semanales, y las personas del mundo en vías de desarrollo trabajan 60 e incluso 80 horas por semana, los cazadores-recolectores que viven hoy en día en el más inhóspito de los hábitats (como el desierto de Kalahari) trabajan por término medio solo 35-45 horas por semana. Cazaban solo un día de cada tres, y recolectar les ocupa solo 3-6 horas diarias. En épocas normales, esto es suficiente para alimentar a la cuadrilla. Bien pudiera ser que los cazadores-recolectores antiguos, que vivían en zonas más fértiles que el Kalahari, invirtieran todavía menos tiempo para obtener alimentos y materiales en bruto. Además de esto, los cazadores-recolectores gozaban de una carga más liviana de tareas domésticas. No tenían

platos que lavar, ni alfombras para quitarles el polvo, ni pavimentos que pulir, ni pañales que cambiar, ni facturas que pagar.

Y no solo tenían menos trabajo. La caza, la pesca y la recolección, además, permitían obtener una dieta mucho más rica y variada, hasta el punto de que los seres humanos vivían más años. Así lo explica Harari:

En muchos lugares y la mayor parte de las veces, la caza y la recolección proporcionaban una nutrición ideal. Esto no debería sorprendernos, ya que esta ha sido la dieta humana durante cientos de miles de años, y el cuerpo humano estaba bien adaptado a ella. Las pruebas procedentes de esqueletos fosilizados indican que los antiguos cazadores-recolectores tenían menos probabilidades de padecer hambre o desnutrición, y eran generalmente más altos y sanos que sus descendientes campesinos. La esperanza de vida media era aparentemente de treinta o cuarenta años, pero esto se debía en gran medida a la elevada incidencia de la mortalidad infantil. Los niños que conseguían sobrepasar los peligrosos primeros años tenían buenas probabilidades de alcanzar los sesenta años de edad, y algunos llegaban incluso a los ochenta y más. Entre los cazadores-recolectores actuales, las mujeres de cuarenta y cinco años de edad pueden esperar vivir otros veinte años, y alrededor del 5-8 por ciento de la población tiene más de sesenta años.

La agricultura hizo posible la obtención de excedentes, es verdad, pero la mayor parte de esos excedentes no se podían conservar, por lo que se perdían, y los cultivos, además de constituir una alimentación muy monótona, eran con frecuencia destruidos por sequías, inundaciones, heladas o plagas de hongos, insectos o pájaros. Por otra parte, la convivencia con los animales domésticos (y con los insectos y roedores de las casas) provocó la aparición de muchas enfermedades nuevas para los humanos, como la gripe, la varicela o el sarampión. Por no hablar de las otras consecuencias de la sedentarización: la aparición de las clases sociales, de los ricos y los pobres, de la guerra por el control del territorio...

No, la sedentarización no fue tan buen invento como nos han contado. Los pueblos que escribieron libros sagrados, como los judíos, lo tenían

claro, aunque no fueran conscientes de ello: consideraban el nomadismo un paraíso perdido del que fueron expulsados... por la sedentarización. El relato bíblico de la expulsión de Adán y Eva del paraíso terrenal es, en el fondo, el recuerdo ancestral de un tiempo en el que el ser humano vivía sin deslomarse la espalda para arrancar unas tristes espigas del suelo.

Quizá por todos esos motivos nos atrae tanto la idea de viajar, y más todavía la de viajar con la casa a cuestas. Una casa infinitamente más cómoda que la de nuestros ancestros, de acuerdo, pero al igual que en los tiempos nómadas reducida a lo esencial: aquello que podemos transportar sin que se convierta en una carga.

Vuelvo a Tenerife. Durante cinco días, Ángel, Juan y yo viajamos por la isla, dormimos en las playas, visitamos los pueblos y ascendimos por los barrancos sin preocuparnos de horarios, reservas ni planes.

La experiencia era nueva para los tres, así que tuvimos que aprenderlo todo: a ducharnos en un habitáculo mínimo; a compartir quince metros cuadrados para dormir, hacer la comida, comer, fregar, lavarnos y usar el baño; a racionar el agua y buscar zonas de llenado de los depósitos; a encontrar lugares en los que vaciar las aguas grises (las que proceden de la ducha y el fregadero) y las negras (las que proceden del retrete); a vérnoslas con la mecánica de una autocaravana que ya era adulta cuando íbamos al colegio o a controlar el consumo de electricidad, entre otras cuestiones.

Cinco días después, tras rodear la isla entera, había comprobado que, por una vez, los sueños se parecían mucho a la realidad: me encantaba aquella forma de viajar.

Era el momento de lanzarse de cabeza.

Temporada de caza

Durante meses, primero en Tenerife y después ya de vuelta en Galicia, husmeé en foros y grupos en internet, visité concesionarios y tiendas especializadas, localicé empresas de segunda mano y clubes del sector, pregunté a amigos de amigos que eran usuarios habituales de autocarava-

nas. Poco a poco fue haciéndome una idea aproximada de lo que quería: no una autocaravana, que me parecía demasiado aparatosa y demasiado visible, sino una furgoneta adaptada como vivienda, con altura suficiente para estar de pie (mido un metro noventa), con ducha, retrete, calefacción (esta era una de mis condiciones irrenunciables... y menos mal, porque me salvó el viaje), placa solar, cama ancha, cocina, nevera...

Y además, por supuesto, quería que todo eso fuera lo más barato posible.

No hay como una buena dosis de optimismo.

Con mi vista y mi sentido de la oportunidad habituales, me puse a buscar la furgoneta perfecta justo cuando empezaba la temporada, en primavera, que es la época del año con menos oferta: el que quiere vender una furgoneta lo hace, salvo desastre o necesidad, en otoño, cuando ya el tiempo no invita tanto a viajar, no en abril o mayo, cuando la piel de cualquier autocaravanista que se precie empieza a arder de impaciencia a la espera del primer fin de semana de sol.

Localicé furgos aquí y allá. Me desplazé a Coruña. Recorrí las empresas de la zona de Vigo. Llamé a particulares para ver sus cacharros.

No encontré nada. Sí, había furgos a la venta, pero todas tenían demasiados años (yo quería que no pasara de los diez), o les faltaba la ducha, o la calefacción, o la placa solar, o eran muy bajitas, o tenían de todo y costaban muchísimo más de lo que podía permitirme.

Empecé a darme cuenta de que iba a costarme encontrarla.

Pero no suelo rendirme al primer obstáculo, algunos dirían que padezco un optimismo enfermizo, así que me puse a pensar en alternativas. Si no encontraba lo que quería ya preparado, también podía comprar una furgoneta de transporte de segunda mano y camperizarla, disculpad el palabro, convertirla en una casa rodante yo mismo. Bueno, yo mismo no, contratar a una empresa que lo hiciera por mí.

La idea era muy tentadora, pues me permitía diseñar el interior como quería y, además, en la práctica, estaría estrenando una furgoneta nueva y reluciente. De repente, la cabeza se me llenó de imágenes de mi nueva, flamante y perfectamente diseñada furgoneta. Me lancé a la búsqueda de empresas que se dedicaran a camperizar. En la primera que localicé, en una

nave perdida de las afueras de Vigo, el chaval, un tipo joven, de veintipocos años, me interrumpió nada más empecé a contarle lo que quería.

—¿Cuál es tu presupuesto?

—Bueno, depende, claro... —No quería decírselo claramente porque imaginaba que entonces ese sería el precio final, y aspiraba a encontrar algo más barato.

—Ya, ya. Pero dime, ¿cuánto es lo máximo que estás dispuesto a gastar?

No se rendía fácilmente. Me encogí mentalmente de hombros.

—Pues, no sé, unos quince mil euros...

Se me quedó mirando con una mueca de sorna en la comisura de los labios.

—Olvídate. Lo mínimo son veinte mil. Eso si traes tú la furgó.

—¿Si traigo...? —cerré la boca. ¿Veinte mil euros solo por camperizarla? ¿Se había vuelto loco?

Me fui de allí, pero estaba muy lejos de rendirme. Visité dos o tres sitios más. Les expliqué con detalle lo que quería: que si la ducha, que si la placa solar, que si la cama aquí y la cocina allá...

—¿Por cuánto me saldría?

—Déjame que lo calcule y te digo.

Me pasé quince días mordiéndome las uñas, muerto de impaciencia, deseando que me llegaran los presupuestos.

Después llegaron.

El más barato me permitía tener todo lo que quería, renunciando a una decena de detalles secundarios, por unos quince mil euros. Bueno, eso era mejor que los veinte mil iniciales.

Pero seguía teniendo que sumarle la compra de la furgó. Como mínimo, otros seis o siete mil, y eso para un vehículo que ya tuviera sus añitos y sus kilómetros. Empecé a pensar que quizá tuvieran razón los que me decían que por quince mil no podría encontrar nada decente.

Desinflado el globo de la camperización, volví a la casilla de salida: me puse otra vez a buscar una furgó de segunda mano, convencido de que si buscaba lo suficiente tarde o temprano aparecería algo.

Fueron pasando los meses.

Al principio revisaba los foros de compraventa todos los días, en realidad varias veces al día, convencido de que en cualquier momento aparecería mi furgó, y de que si no estaba atento otro me la birlaría.

Después comencé a revisarlos una vez cada dos o tres días.

Más tarde, una a la semana. No había forma de encontrar nada por el precio que quería. Iba a tener que aumentar mi presupuesto.

Estaba ya resignándome a empeñar hasta el sofá cuando me fijé en un anuncio en furgovw, el portal de autocaravanistas y furgoneteros más activo del país. Ya lo había visto unos meses antes, al principio de la búsqueda, pero lo había rechazado porque la furgoneta en cuestión estaba en Madrid, lo que me obligaba a desplazarme quizá para nada, y porque la cama medía de largo 1,88 centímetros. Dos menos que mi altura, por lo que había pensado que no me servía.

El anuncio había estado activo unas semanas antes del verano, pero después desapareció del foro. En ese momento era ya septiembre y acababa de reaparecer. Volví a observar las fotos. La furgó tenía buena pinta. Contaba con todo lo que quería, desde placa solar a ducha o calefacción, y además la camperización era reciente, por lo que muchos aparatos todavía estaban en garantía. Y el aspecto interior era cuidado.

Llamé al dueño, David, que resultó ser un tipo muy majo, cordial y buena gente, una de esas personas de las que te fías al minuto de estar hablando con ellas porque te das cuenta de que no te van a engañar.

—Como se nos echó el verano encima, quitamos el anuncio y nos fuimos con la furgó a Alemania. Pero ahora queremos venderla para comprar una nueva... —Me explicó.

Le planteé mi duda sobre la cama y me dijo que a él le pasaba lo mismo, también era alto, pero que con la almohada ni notaría la diferencia. Seguimos hablando y cada vez me sentía más convencido... y más nervioso. Hasta el precio estaba dentro de mis márgenes. ¿Habría encontrado finalmente mi furgó?

Una semana después, David y yo nos estrechábamos las manos en su casa de Madrid. Después de pasarme media vida soñando con viajar en autocaravana, ya tenía furgó.

Lo había conseguido.

Pero, ¿tú adónde vas, con lo inútil que eres?

—Estás loco —sentenció mi madre, meneando la cabeza, cuando le dije que me iba de viaje varios meses en una furgoneta—. Si te pasa algo, ¿qué vas a hacer tú solo por esos mundos, con lo inútil que eres?

Mi madre tiene una forma un tanto retorcida de manifestar su cariño, pero no le faltaba razón: soy un inútil para todo lo práctico, ya sea clavar un clavo o desatascar una tubería.

Me temo que no exagero. Una vez llevé el coche al taller porque hacía un ruido raro y le dije al mecánico, queriendo hacerme el entendido, que para mí era el carburador, que debía de estar sucio. Afortunadamente, Manolo me conoce desde hace muchos años. Me miró con esa cara de sorna contenida tan suya y me respondió muy serio: «Sí que es curioso, nunca vi que eso le pasara a un diesel». Debió de quedárseme cara de «A mí qué me cuentas», porque puso los ojos en blanco, sin poder contener ya la risa, y remató: «Fran, los diesel no llevan carburador».

A ese nivel de inutilidad me refiero. Los responsables son mis hermanos mayores, que —ellos sí— son ambos muy manitas. Si de pequeño se me ocurría tratar de impresionar al mundo arreglando un enchufe o colgando un cuadro (antes de que el mundo se volviera idiota los niños arreglábamos enchufes y colgábamos cuadros), nada más ponerme a la faena aparecía alguno de mis hermanos y me espetaba un «Quita de ahí, que tú no sabes» sin apelación posible. Así que terminé por convencerme a mí mismo de mi torpeza... y aprovechándome de ello. Todavía hoy, cada vez que tengo un problema doméstico los llamo para que vengan a solucionármelo. Comodísimo.

Por eso se preocupaba mi madre: ¿qué iba a hacer su hijo inútil por esos mundos si tenía cualquier problema mecánico (o casero, pues la furgoneta es también una casa, con tuberías, sistema eléctrico, electrodomésticos, desagües y demás artilugios que nos hacen la vida más cómoda), cómo iba a solucionarlo él solo?

La miré muy seriamente y le respondí:

—¡Pero mamá, tengo cincuenta y tres años!

El argumento era de peso, aunque nunca fue suficiente para convencer a ninguna madre. Y menos a una que, a sus ochenta y ocho años,

seguía siendo una fuerza de la naturaleza. En efecto: no la tranquilizó en absoluto, pero como nos conocemos desde hace bastante tiempo sabe que cuando se me mete algo en la cabeza no hay quien me haga desistir. Está acostumbrada a que su hijo inútil, que también es su hijo rebelde, haga siempre lo que llama —elevando los ojos al cielo, por aquello del dramatismo—, «sus locuras», con lo que básicamente se refiere a todo aquello que no encaja en lo que a ella le gustaría que hiciese, «lo que hace la gente normal» (como dedicarme a escribir, no tener hijos o ni tan siquiera una pareja estable. Dónde se habrá visto).

Sin embargo, aunque nunca se me ocurriría reconocérselo, mi madre había dado en el clavo: no las tenía todas conmigo. Y ese era otro de los motivos que me impulsaban a hacer el viaje.

Intentaré explicarme.

El título, *Viaje al interior*, no es casual: este es un diario de viaje, y como tal encontrarás en él anécdotas, historias y reflexiones relacionadas con los lugares que he visitado. Pero también encontrarás algo más.

Todo viaje es, de alguna forma, un viaje al interior. Salir de nuestra zona de confort nos obliga a mirar a la vez hacia fuera y hacia dentro, para tratar de orientarnos al tiempo que nos descubrimos. Pero para descubrirse no queda otra que mirarse con atención. Directamente, tratando de entender muchas cosas que, cuando estamos en casa, rodeados de la familia y los amigos y protegidos por los hábitos que llenan nuestro tiempo de quehaceres y rutinas, nos pasan desapercibidas.

Siempre he soñado con viajar. No me refiero a tomar un avión y pasar una semana en cualquier destino más o menos exótico, sino a vivir viajando, como esos aventureros que se lían la manta a la cabeza y se largan a recorrer el mundo sin mirar atrás: como Richard Francis Burton, que viajó de incógnito a La Meca, o Patrick Leigh Fermor, que en 1933, con dieciocho años, se fue caminando desde los Países Bajos hasta Estambul.

Al mismo tiempo, una parte de mí siempre sospechó que no tengo «lo que hay que tener», que soy demasiado cómodo, demasiado apegado a mis rutinas. Que en el fondo soy lo que Pierre Mac Orlan describe con hilarante mordacidad como un «aventurero pasivo» en su *Breve manual del perfecto aventurero...*

El aventurero pasivo se agarra al brazo de su sillón como un capitán de crucero a la baranda de su puente de mando. El aventurero pasivo es sedentario. Detesta el movimiento en todas sus formas, la violencia vulgar, las matanzas, las armas de fuego y cualquier clase de muerte violenta. Detesta estas cosas si le atañen, pero su imaginación las evoca amorosa e ilusionadamente cuando quien las protagoniza es el aventurero activo. Instalado en una casa cómoda cual hueso dentro del fruto, el aventurero pasivo dejará que vengan a él las gestas anónimas de quienes, guiados por una mala estrella, se entregan a las fatigas de la aventura.

Dicho en plata: que soy carne de cañón de la aventura... literaria. Alguien que disfruta enormemente imaginando viajes, aventuras y tierras lejanas desde la comodidad de su casa. Daniel Defoe creía que así eran muchos caballeros ingleses. Un *gentleman*, decía, se servía de su biblioteca de viajes para convertirse...

en un maestro de la geografía del universo con los mapas, los atlas y las mediciones de los matemáticos. Puede viajar por tierra con los historiadores, por mar con los navegantes. Puede sobrevolar el globo con Dampier y Rogers, y saber así mil veces más que todos esos marineros analfabetos. (Daniel Defoe, *Compleat English Gentleman*)¹.

Pero la imaginación es tozuda, y para mí había llegado el momento de comprobar la distancia entre los sueños y la realidad.

Nunca había viajado más allá de unos pocos días en una autocaravana. Desde luego, nunca había vivido ochenta días en una, pese a que lo hubiera imaginado muchas veces. Me disponía a convertir un antiguo sueño en realidad... y era muy consciente de que a menudo no hay nada peor que cumplir los sueños.

Quería comprobar si estaba anquilosado o si, por el contrario, todavía tenía la flexibilidad necesaria para soportar las incomodidades, afrontar los problemas que fueran surgiendo, resistir la soledad y, también, vencer los miedos (por ejemplo, al dormir completamente solo en cualquier apartada carretera de montaña). No sabía si me superarían los problemas y terminaría harto de estrecheces e incomodidades o disfrutaría de la ex-

perencia y terminaría animándome a viajar en furgó por la Patagonia. No tenía ni idea de lo que pasaría, pero quería intentarlo porque estoy convencido de que de vez en cuando es necesario escapar de ti mismo para saber dónde estás, tomarte un tiempo para contemplarte lejos de tus rutinas. Hay una frase que circula por internet que resume esto de maravilla: «No viajo para escapar de la vida; viajo para que la vida no se me escape».

El viaje, al fin

A finales de enero de 2018 ya lo tenía todo listo. La furgó, que por cierto bauticé con el nombre de Lagartija porque el sol también le carga las pilas, como a mí, acababa de pasar la revisión y estaba lista. Mi agenda para los siguientes meses, despejada. Mi objetivo, establecido: pretendía recorrer el interior de España eludiendo las ciudades y visitando los pueblos y lugares de los que llevaba toda la vida leyendo y oyendo hablar.

Incluso tenía un mapa con un centenar de localizaciones que había ido seleccionando en los meses anteriores: pueblos interesantes, castillos y fortalezas, parques nacionales y naturales y yacimientos arqueológicos del interior del país. No esperaba visitarlos todos, pero confiaba en que el mapa me sirviera de guía.

Mi intención era atravesar Galicia hasta la Vía de la Plata, que recorre el oeste de España desde Asturias hasta Andalucía, y comenzar el viaje descendiendo lentamente por Zamora, Salamanca, Cáceres...

Pero no había forma de partir.

Hasta mediados de diciembre, el tiempo se había mantenido inusualmente cálido y seco, pero desde entonces no paraba de llover y los episodios de frío se sucedían con preocupante regularidad. La idea de viajar en esas condiciones se me hacía muy cuesta arriba. Si en la costa las temperaturas ya eran bajas, en el interior de la Península estaban alcanzado mínimos históricos. La Lagartija tenía calefacción (otra cosa es que funcionara bien, pues apenas había tenido tiempo de probarla), pero temía que las temperaturas bajo cero congelaran las tuberías del circuito del agua, en la parte inferior de la furgoneta, donde no alcanzaba la calefacción (o no con la misma intensidad que en el habitáculo), y provocaran un estropicio.

Sin embargo, no podía quedarme de brazos cruzados indefinidamente, con la furgo preparada y sin nada que hacer, a la espera de que al tiempo le diera por mejorar.

No, inconcebible. Eso no era propio de un aventurero.

Finalmente, decidí partir el lunes 5 de febrero.

El sábado 3 los periódicos advertían: «España se congela con el temporal más frío de este invierno». Para la siguiente semana, advertían, veintitrés provincias estarían en riesgo extremo, importante o moderado debido a las nevadas, que serían fuertes en Ourense, León, Zamora, Salamanca... Las temperaturas se desplomarían hasta alcanzar los diez y los quince grados bajo cero en muchas comarcas.

—Tú no te vas el lunes —declaró mi madre por teléfono tras devorar las alarmistas predicciones del telediario—. ¡No puedes irte con este tiempo!

Tenía razón, por supuesto, pero darle la razón a mi madre siempre es una mala política. Además, no me apetecía nada quedarme una semana más mano sobre mano.

—De aquí al lunes la cosa todavía puede cambiar.

El domingo por la tarde, en efecto, «la cosa» había cambiado: la realidad había superado con creces a la previsión. Hacía un tiempo endiablado y no iba a mejorar en bastantes días.

—¿Estás loco? ¡No puedes irte con este tiempo! ¿Qué más te da esperar una semana? Si te pasa algo, ¿qué vas a hacer tú solo, si no vales para nada? ¿Quieres matarme de un disgusto? —Mi madre, otra vez al teléfono, desplegaba toda su artillería para tratar de convencerme de que no me fuera. Tengo que reconocer que la mujer es perseverante: lleva toda la vida utilizando los mismos argumentos y nunca ha conseguido salirse con la suya, pero sigue insistiendo.

Me había pasado el fin de semana dudando, sí, no, sí, no, me largo, no me largo. Para que entiendas mejor mis reticencias, quizá deba ponerte en antecedentes: no soporto la lluvia y el frío. Hasta el punto de que desde hace años, en cuando llega el otoño y empieza a llover (y en Galicia, qué te voy a contar, eso pasa muy pronto), hago la maleta y me largo a tierras más cálidas a esperar que escampe. Esa es la razón por la que suelo pasar meses en Tenerife.

Pero se me había ocurrido una alternativa.

No iba a seguir el itinerario previsto. No podía recorrer la Vía de la Plata porque era una de las zonas más afectadas por el temporal de nieve y frío. Puebla de Sanabria, mi primer destino fuera de Galicia y donde debería dormir el lunes 5, había alcanzado durante el fin de semana temperaturas mínimas de cuatro y cinco grados bajo cero, y la situación estaba empeorando.

—No voy a ir por la Vía de la Plata, mamá —le expliqué—. Voy a dejar esa zona para el final.

—¿Y qué vas a hacer?

—Iré hasta Extremadura por Portugal. Las previsiones son mucho mejores por ahí.

—Estás loco —declaró mi madre, pero su tono había perdido fuerza.

—No te preocupes, te llamaré.

Lo iba a hacer: el lunes atravesaría Portugal hasta Castelo Branco, una pequeña ciudad del centro del país, y desde ahí entraría en Extremadura por uno de los puentes más impresionantes de España, el puente romano de Alcántara.

Comenzaba mi viaje al interior.

Por fin.

Nota

Si quieres acompañar tu lectura con las imágenes del viaje, en mi web encontrarás un álbum con fotografías seleccionadas de cada parte del viaje: franzabaleta.com

A TRAVÉS DE PORTUGAL



1

Ya me he liado yo solo otra vez

Vértigo. La sensación que me invade nada más despedirme de amigos y familiares, subir a la Lagartija, cerrar la puerta y meter la primera es de vértigo. El silencio me cubre como una coraza pegajosa, espesa y claustrofóbica, que tiñe mi mente de irrealidad.

Mientras enfilo la carretera hacia la frontera portuguesa, me pregunto qué diablos estoy haciendo.

—¿Qué *carallo* tienes que demostrarte, a estas alturas? —Es lo mismo que me he estado preguntando toda la semana, pero ahora que estoy en marcha las dudas resurgen con más intensidad.

Este espacio de escasos diez metros cuadrados con ruedas acaba de convertirse en mi casa. Adiós a mi mesa de trabajo, a mi biblioteca, a mi comodísimo sofá...

A partir de ahora voy a tener que controlar el consumo de agua y reponerla cada poco, vaciar el depósito del retrete, ducharme en un espacio mínimo, lavar los platos con mucho cuidado para no gastar agua y no introducir restos de comida por el fregadero (que después se pudrirían en el depósito), preocuparme por el consumo eléctrico (y consumir sobre todo 12 v), buscar sitios donde lavar la ropa, vigilar el gasto de gas y electricidad de la nevera, enfrentarme al frío y solucionar los problemas que vayan surgiendo y que me pueden dejar tirado en cualquier lugar.

Sé que no es nada del otro mundo, tampoco me estoy embarcando en una expedición al Sáhara o a las selvas de Borneo, solo se trata de un recorrido más o menos largo por el interior de España. Pero hace un tiempo ideal para quedarse en casita y de repente el viaje de Steinbeck ya no me parece tan interesante. Ni tan urgente la necesidad de conocer mi país.

—Quién me mandará a mí...

Empiezo a preguntarme si no habré caído en mi propia trampa, una vez más. Es un patrón que conozco bien: se me mete en la cabeza una idea, por lo general muy literaria o bohemia, que vete tú a saber por qué son las que me atrapan. Antes de que me dé cuenta, la idea se convierte en proyecto. Me lo imagino con detalle y durante una temporada todo parece girar a su alrededor. Al principio me parece imposible, pero poco a poco, a medida que voy haciéndome a él, se me va antojando más realizable. Me entran unas ganas tremendas de lanzarme. «Tiene que ser estupendo, toda una experiencia», me digo, mientras me veo a mí mismo como si fuera un personaje de mis propios libros haciendo esto o aquello. En ese punto estoy atrapado.

Te pongo un ejemplo. Siempre me atrajeron las experiencias de vida alternativa, lo que en castellano de la calle llamamos comunas jipis (no me mires con esa cara, así es como dice la RAE que se escribe): gente que se atreve a escapar de la mediocridad de nuestras vidas de esclavos contemporáneos, sometidos a jefes, jornadas laborables y consumismos salvajes, y trata de llevar una existencia más sana, más ecológica, al margen de los mercados, y de establecer nuevas comunidades y relaciones más abiertas y participativas. La idea, no me lo negarás, es tremendamente adictiva. Otra cosa es su aplicación práctica: el frío de los inviernos sin calefacción, la soledad de la montaña, los enfrentamientos entre egos... Pero no me quiero meter en eso ahora, que me lío. El caso es que se trata de una idea muy bohemia y literaria.

Justo de las que me atrapan.

Tener demasiada imaginación puede ser un problema. Y si no que se lo digan a don Alonso Quijano.

Hace unos años decidí que quería comprobar de primera mano cómo se vivía en una de esas comunas. Ya me imaginaba dejándolo todo y dedicándome a cultivar verduras en cualquier paraíso perdido. Nunca me hizo mucha gracia comer verduras, pero ese era un detalle sin importancia. Lo fundamental era vivir de otra forma: disfrutando de la naturaleza, de la lectura y la vida en comunidad, sin prisas y sin jornadas laborales... aunque hace años que no tengo más jornadas laborales que las que yo mismo me impongo. Otro detalle sin importancia.

Cada vez lo tenía más claro: ¿había algo mejor que vivir rodeado de bosques, sintiendo el ritmo de las estaciones? Como Henry David Thoreau, que en su *Walden, la vida en los bosques* escribió:

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente solo para hacer frente a los hechos esenciales de la vida, [...] y no descubrir al morir que no había vivido. No quería vivir lo que no era vida. Ni quería practicar la renuncia, a menos que fuese necesario. Quería vivir profundamente y chupar toda la médula de la vida, vivir tan fuerte y espartano como para prescindir de todo lo que no era vida...

Tras realizar una somera investigación por internet, decidí que el paraíso perdido podía hallarse en Tarifa, Cádiz, donde localicé una comunidad que vivía en la cañada de un río, en un lugar al que no llegaban las carreteras asfaltadas. Por supuesto, mi paraíso perdido se hallaba en una zona de calor y pocas lluvias. La imagen del pueblo de montaña en el norte, digamos en Cantabria o en los Pirineos, era mucho más bucólica, pero siempre fui consciente de mis limitaciones.

Me puse en contacto con ellos (no tenían carreteras, pero sí internet) y aceptaron que pasara por allí para conocerles y convivir unos días, así que me subí a un autobús y me dirigí al sur. Iba feliz, expectante, y no era para menos: por fin haría algo que deseaba hacer desde que tenía quince o dieciséis años y me enteré de que en las montañas del Suído, en el interior de la provincia de Pontevedra, había una comuna. Incluso recuerdo que un día me encontré a los jipis de la comuna por Vigo, tan distintos y libres, y mi boca empezó a salivar de pura envidia.

Por fin iba a conocer el paraíso por dentro.

El lugar se hallaba a la vera de un río. Un antiguo molino de piedra medio restaurado, una caseta de ladrillos y unas cuantas cabañas de madera y cañas que asomaban entre la vegetación de la ribera, en una zona de monte bajo, a un tiro de piedra del mar.

Un paraíso, en efecto. Vivían allí una docena de personas, aunque el número oscilaba frecuentemente: algunos residían permanentemente, otros estaban de paso, como yo. Había de todas las edades, de veintipocos a sesenta y muchos, y de diversas procedencias, sobre todo españoles y

argentinos. Me recibieron con gran cordialidad y antes de que me diera cuenta me integré en su día a día.

Que, básicamente, consistía en trabajar en la reforma del molino y en la construcción de refugios. El trabajo físico nunca había formado parte de mis ensoñaciones de paraísos, más allá de cultivar un huerto. Por alguna razón en los sueños nunca se suda, ni hay mosquitos, ni te pica todo el cuerpo por el polvo del verano.

Pronto tuve claro que el dueño del molino, con la excusa de la vida alternativa, estaba utilizando a la gente que se acercaba hasta allí como mano de obra gratuita. A cambio, dejaba que se quedaran en alguna de las cabañas a medio hacer que salpicaban la cañada y organizaba sesiones de meditación... o algo parecido. Sesiones repletas de oms, chacras muy equilibrados y caras de concentración mística que me recordaban a la expresión de la santa Teresa de Bernini en pleno orgasmo, digo éxtasis.

Pese a todo, el ambiente era agradable y algunas de las personas que conocí me parecieron realmente interesantes, con experiencias vitales extraordinarias: espíritus libres que vagaban de aquí para allá, buscando quién sabe qué. Vivir de la forma más plena que pudieran, probablemente. Y lo conseguían, o eso me pareció: vivían al día, dejándose llevar, sin pensar en lo que harían mañana o al mes siguiente. Todo se hacía y se ponía en común, desde la comida hasta las experiencias personales. Si uno tenía un mal día y refunfuñaba un poco, por la noche, durante la reunión grupal diaria, los demás se preocupaban por él y trataban de animarle. Si no le apetecía hablar, tenía que hacerlo igualmente, pues su silencio, decían, afectaba a la comunidad y creaba mal ambiente.

La vida no era fácil en el paraíso. El generador eléctrico era insuficiente para abastecer las necesidades del poblado y apenas llegaba para recargar los móviles, cuánto menos para utilizar un portátil, así que nada de escribir. El agua potable escaseaba. El agua caliente era pura quimera. No importaba mucho porque estábamos en agosto... pero la higiene general andaba bajo mínimos, como si eso de lavarse fuera una preocupación burguesa más que había que superar. Cualquier pretensión de comer carne se enfrentaba a una oleada de miradas conmiseras que terminaban con el acusado flagelándose la espalda y reconociendo su debilidad.

Al cabo de una semana contemplaba con indiferencia las carreras de los ciempiés y demás parientes que corrían a esconderse cuando abría la puerta de mi cabaña, pero suspiraba por una lonchita de jamón. Por una buena ducha. Por una cervecita fresca. Por diez minutos de intimidad. Por hacer algo, cualquier cosa, que exigiera un mínimo esfuerzo intelectual. Me aburría.

Me aburría en el paraíso.

La experiencia me sirvió para reducir la fascinación por ese tipo de vida alternativa a un mínimo soportable. Para convertirla en una idea seductora... mientras se mantenga en el plano de las ideas. Me sigue atrayendo ese tipo de vida, pero ahora soy mucho más consciente de las dificultades que entraña. Y eso que solo estuve unos días. En verano. En el sur. Ni me imagino lo que será pasarse un invierno en una aldea perdida de los Pirineos, por ejemplo.

Lo asombroso es que me sigue pareciendo una posibilidad seductora...

Mientras conduzco la Lagartija hacia el sur a través de Portugal me pregunto si no habré caído una vez más en la misma trampa. Si no me habré dejado arrastrar por el aspecto literario del viaje, por decirlo suavemente. Si merece la pena enfrentarse al frío, a la soledad y a la carretera para... ¿para qué?

¡Ah, sí, me olvidaba! Para que la vida no se me escape...

Un país devastado

El vértigo, afortunadamente, no dura mucho. Poco a poco, a medida que avanzo hacia el sur, los tentáculos de la rutina se van soltando con un ruido de ventosas demasiado estiradas y van siendo sustituidos por la expectación. «Tampoco es para tanto —me digo—, solo serán dos o tres meses en la carretera». Y ahí fuera hay un montón de cosas interesantes que ver.

O no, porque estoy atravesando un país tan similar al mío que, como siempre me sucede en el norte de Portugal, me cuesta creer que haya cruzado una frontera.

Tan dolorosamente familiar. Cada vez que alguien comenta que Portugal es un país precioso me tengo que morder la lengua. Porque lo que veo no tiene nada de hermoso. Sin duda los portugueses son un pueblo amable y cordial, admirable por muchos motivos, entre ellos, y no son cuestiones menores, que allá por 1974 fueran capaces de derrotar con claves a una de las dictaduras más longevas del siglo XX, o que en estos tiempos de neoliberalismo salvaje apuesten por uno de los pocos gobiernos sociales de Europa... y les vaya bien.

Pero la piel del país está arrasada. Destrozada. Aniquilada por un tsunami devastador. Durante cientos de kilómetros, lo único que veo a ambos lados de la carretera son eucaliptos. Montes, valles, llanuras invadidas por cultivos de eucalipto de calibre ínfimo, tan apretujados que ni tienen espacio para crecer ni dejan que crezca nada más. Aquí, al igual que en Galicia, en los últimos cien años se ha producido una catástrofe ecológica silenciosa, o acallada, de magnitudes que no somos capaces de apreciar.

Cuando era pequeño, allá por la década de 1970, veraneaba en una aldea de Pontevedra, Vilasobroso. Por entonces ya se veían eucaliptos, pero todavía no se habían convertido en la plaga que hoy son. Recuerdo intensamente las noches de verano cuajadas de estrellas. Era un mundo de grillos, luciérnagas que brillaban tímidas al anochecer y ciervos volantes que nos asustaban con su vuelo errático y las poderosas mandíbulas de los machos, de las que decían que eran capaces de cortarnos un dedo si los molestábamos. Nunca lo comprobamos, por si acaso.

Hoy ya no se ven ciervos volantes. Hace décadas que no los veo. Viven en los bosques de robles, donde se alimentan de la madera en descomposición, y las hembras depositan las larvas en el interior de los árboles muertos.

Pero ya no hay robles, ni vivos ni muertos. El eucalipto los ha erradicado. Y con él se ha alterado profundamente todo el ecosistema.

Es un árbol feroz, que se ha extendido más allá de lo razonable. Llegó a Europa en 1774 de la mano del capitán Cook o, mejor dicho, del naturalista William Anderson, que participó en el tercer viaje de Cook, entre 1776 y 1779 (aunque Anderson murió antes de regresar a Inglaterra). El *Eucaliptus globulus*, la especie más extendida por Galicia y el norte de Portugal, fue observado por primera vez en 1792 por un botánico francés, Jacques-Julien Houton de Labillardière... lo que explica el nombre de *globulus*, que hace referencia a la similitud entre sus frutos con unos pequeños botones que por entonces estaban de moda en Francia.

La creencia popular, no demostrada hasta el momento, es que fue un fraile que estaba de misiones en Australia, Rosendo Salvado, quien a mediados del siglo XIX lo introdujo en Galicia cuando envió a su familia sus semillas como obsequio, pues lo consideraba un árbol muy bello y majestuoso. En Portugal sucedió algo similar: se cree que los primeros eucaliptos se plantaron en Vila Nova de Gaia, cerca de Oporto, en 1829, pero no hay pruebas que certifiquen su presencia en suelo luso hasta mediados de siglo.

Al principio fue cosa de ricos, que lo plantaban en los jardines de sus pazos porque resultaba exótico y olía bien, pero pronto comenzaron a descubrirse sus otras cualidades. El profesor de la Universidad de Santiago Ángel I. Fernández nos cuenta cómo fue cambiando la percepción

social del eucalipto. En su blog Galicia Agraria reproduce parte de un artículo, «El eucalipto en España», publicado en 1920 por el periodista Enrique González Fiol, en el que se percibe cómo el eucalipto dejó de ser un simple árbol ornamental y empezó a ser considerado un cultivo provechoso, tanto para el aprovechamiento de su madera como por sus propiedades medicinales.

[...] arrostrando peligros económicos y supliendo con su inteligencia los conocimientos del cultivo que el Estado debiera difundir y ni difundió ni difunde, emprendieron el del eucalipto, presintiendo que podía constituir una riqueza forestal importantísima. No puedo citar a todos cuantos lo merecen por ignorar sus nombres [...] me resignaré a dar unos cuantos. El primer puesto corresponde, en justicia, a aquel ilustre estadista [...] D. Eugenio Montero Ríos. El ilustre canonista —como se le llamó por antonomasia— realizó en su finca de Lourizán una importante plantación de eucaliptos que ha alcanzado gran desarrollo. [...] no vaya a creerse por eso que el eucalipto tiene grandes exigencias climatológicas. Raro será el clima al que no se adapte alguna de sus numerosas variedades.

Desde finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, el eucalipto despertó considerable entusiasmo. No solo se utilizaba su madera para la construcción de muebles, fabricación de cajas, puntales para minas o traviesas de líneas férreas, también comenzaron a explotarse sus propiedades medicinales. El veterinario catalán Juan Rof Codina escribía en 1914²:

Algunas especies arbóreas exhalan por sus hojas verdaderas sustancias antisépticas; se ha comprobado que el eucaliptus desprende productos aromáticos, de los cuales el principal es el eucaliptol, que posee propiedades microbicidas; de aquí su aplicación como árbol higienizador de la atmósfera de los terrenos insalubres.

Balnearios y sanatorios comenzaron a plantar eucaliptos para que los pacientes pasaran bajo ellos y se beneficiaran de las supuestas bondades terapéuticas de respirar sus aromas. La fiebre del eucalipto se ex-

tendió con fuerza. Lo habitual era aspirar sus vapores, pero la demanda era tal que una firma catalana sacó un jarabe para el catarro (que ganó la medalla de oro de la Exposición Regional Gallega celebrada en Santiago de Compostela en 1905) con una composición cuanto menos llamativa: eucalipto con heroína.

Pero fue aquí, en Portugal, donde todo se torció. La culpa la tuvo el descubrimiento en 1923 de la técnica para obtener pasta química de papel a partir del *Eucalyptus globulus*. La pasta de celulosa se obtiene mediante la separación de las fibras naturales de celulosa por medios mecánicos (mediante la acción de molinos, por ejemplo) o químicos, disolviendo la lignina que mantiene unidas las fibras. La compañía británica Caima Pulp Company, instalada cerca de Oporto, fue la primera del mundo en obtener pasta química de papel mediante la aplicación de sulfitos.

A partir de ese momento, el cultivo del eucalipto se disparó. En España, el impulso principal se produjo tras la Guerra Civil, cuando la dictadura franquista decidió convertir el norte de España en la principal suministradora de materia prima para la industria de celulosa española. En 1957 se instaló una fábrica de la Empresa Nacional de Celulosa en la ría de Pontevedra (que pasó a llamarse ENCE, Energía y Celulosa S.A., a partir de su privatización y salida a bolsa en 1990).

Fue el comienzo del fin. La instalación de la factoría de pasta de papel extendió por toda Galicia las plantaciones de eucalipto, que se convirtieron en el nuevo maná de una población pobre y minifundista. Raro es el gallego que no tiene una *leira*, una finca, un pedazo de monte heredado de sus padres y abuelos, a menudo simples franjas de unas pocas decenas de metros, muchas emplazadas en bosques de robles de los que hasta entonces solo se aprovechaba la madera de los aclarados para leña. De repente, ENCE comenzó a llamar a las puertas de los vecinos con un mensaje muy simple: le compramos sus árboles. Muchos no sabían ni de qué árboles les hablaban, ni dónde estaban esas fincas.

Pero todos vendían. Tras talar los robles, los castaños, los abedules, los alcornos, los fresnos y lo que hubiera, se plantaban eucaliptos que en diez años estaban ya suficientemente crecidos para volver a ser cortados. El maná. Y ni siquiera había que hacer nada, los técnicos de ENCE o los de sus empresas auxiliares se encargaban de todo. Bastaba decir que sí, firmar y recibir el dinero. ¿El bosque? «¡Pero si ni siquiera sé dónde está!».

Más de una vez he discutido esto con mi madre. Según ella (que ha vendido muchas veces la madera de fincas que no sabía ni que poseía hasta que han llamado a la puerta), la venta de la madera ha traído grandes beneficios a Galicia y ha permitido que muchas familias tirasen para adelante. Es posible que sea así, aunque conozco muchos casos (el de mis padres y mis tíos, sin ir más lejos) en los que ese dinero extra no hacía falta.

Pero el precio ha sido la devastación ecológica de un país. Según Greenpeace, en la actualidad, ciento cincuenta años después de la importación del primer eucalipto, España y Portugal acaparan el 53% de las plantaciones mundiales de *Eucalyptus globulus*.

Lo voy a repetir, porque la cifra es de tal magnitud que cuesta asimilarla: ¡El 53%!

¿Cómo lo hemos permitido?

Se han aclimatado de tal forma, con la generosa ayuda de particulares, empresas y gobiernos, empeñados en alimentar nuestra insaciable ansia de pasta de papel, que han conseguido suplantar a la vegetación autóctona, a la que han aniquilado como un ejército invasor arrasa los pueblos que atraviesa.

Un ejército dotado de poderosas armas de destrucción masiva.

Las sustancias alelopáticas que posee, cineol y eucaliptol, evitan la germinación de las semillas de otras especies y anulan la flora bacteriana y fúngica del suelo, que se vuelve estéril.

Sus profundas raíces y su sed (cada eucalipto consume unos veinte litros de agua al día) reducen el agua del subsuelo y desecan las fuentes.

Al empobrecer la flora del sotobosque, las plantaciones de eucaliptos expulsan a la fauna local, como a mi querida *vacaloura*, el ciervo volante del que te hablaba antes, y aniquilan el ecosistema previo.

Por si fuera poco, el ejército de eucaliptos cuenta con un arma todavía más terrorífica, un lanzallamas natural: es una especie pirófito, que arde con facilidad y que vuelve a brotar tras los incendios una y otra vez. Un eficaz método para eliminar la competencia de otras especies, vegetales o animales.

Pero quiero ser justo: sin duda, necesitamos la pasta de papel y, por tanto, muy posiblemente, necesitamos plantaciones de eucaliptos, como necesitamos plantaciones de trigo o de tomates. Es un cultivo más. El pro-

blema radica en su sistema de explotación, o en la ausencia de este: en la plantación desaforada y sistemática de enormes extensiones; en las talas masivas que erosionan y empobrecen el suelo; en el abandono de muchas plantaciones (no podemos llamarlas bosques, son de todo menos bosques) por falta de rentabilidad en cuanto los precios de la madera bajan, lo que provoca el crecimiento descontrolado de miles de árboles de calibre ínfimo y la proliferación de incendios; en la quema intencionada para la venta...

El eucalipto no es un cultivo: es pura depredación, ciega e incontrolada. Y con la connivencia de las autoridades.

Una reina cadáver y otra que reina por una noche

Pero no quiero seguir dándole vueltas a un tema que me duele tan dentro, la destrucción de mi propia tierra, y mientras conduzco me pongo a pensar en lo que me espera: el monasterio de Alcobaça, donde yacen los restos de Inés de Castro y su amante Pedro I de Portugal. Desde niño he oído hablar de Inés de Castro, la gallega que reinó después de muerta.

Hoy la historia apenas se recuerda fuera de Portugal o Galicia, pero durante siglos fue tan conocida en Europa como la de Tristán e Isolda o la de Romeo y Julieta: un amor que se enfrenta a las convenciones y se trasciende a sí mismo hasta convertirse en leyenda. Un amor trágico e imposible que brota en la era de los trovadores, que eclosiona con el Romanticismo, allá por el siglo XIX, cuando se forjó nuestra forma de sentir, y que dejó su impronta en un rastro de obras literarias desde el siglo XVI hasta la actualidad (el propio Luís de Camões, el poeta fundacional de las letras portuguesas, narró la muerte de Inés en el canto III de *Los lusíadas*) y en unas veintinueve óperas, como la de Giuseppe Persiani, estrenada en Nápoles en 1835, o la muy reciente, de 2006, de Andrea Lorenzo Scartazzini. Incluso se ha grabado una serie de televisión, «Pedro e Inés», producida para la Radio Televisión Portuguesa en 2005.

Hay algo en estas historias de amor trágico que se nos pega a la piel y nos atrapa la imaginación, incluso la de los que nos creemos más racionales: la ilusión de la perfección, la esperanza de que ahí fuera, en alguna parte, es posible encontrar a esa persona que ahuyentará la soledad y el miedo al vacío que todos llevamos incrustados en las moléculas de nuestro cuerpo. Amores como los de los amantes de Teruel o los de Pedro I e Inés de Castro son refugios en los que cobijarse cuando la lluvia arrecia.

En realidad, como siempre sucede con estas cuestiones, es difícil deslindar los hechos de la leyenda... y quizá tampoco es necesario hacerlo. Inés formaba parte del más poderoso linaje de Galicia, los Castro, condes de Lemos y, durante siglos, verdaderos amos de Galicia, aunque no pertenecía a la línea legítima: era bastarda, hija natural de Pedro Fernández de Castro, nacida hacia 1325.

Eran tiempos duros, de ambiciones desatadas y guerras continuas entre Castilla y Portugal. Para tratar de ponerles coto se acordó la boda entre el infante Pedro, hijo del rey Alfonso IV de Portugal, y Constanza de Castilla, hija del príncipe de Villena, el verdadero regente de Castilla. El enlace se celebró en 1339. Inés era dama de compañía de Constanza, y fue así como Pedro y ella se conocieron. Al decir de las crónicas, el infante cayó rendido de amor nada más verla. Y la atracción debió de ser mutua, pues ambos se hicieron amantes.

Lo que no impidió que el futuro rey cumpliera con sus compromisos maritales. Con tanta fortuna (para él, evidentemente) que su esposa Constanza falleció unos años después, en 1345, al dar a luz a su segundo hijo. De repente, el destino libraba a los enamorados de sus ataduras. Qué hermoso se les debió de antojar entonces el futuro.

Pero las tres hilanderas tejían su propio tapiz. Cuando Pedro decidió convertir a Inés en su esposa, su padre el rey Alfonso se opuso tajantemente. Las razones eran muy pragmáticas, incluso razonables: Inés pertenecía al linaje de los Castro y los consejeros del rey no paraban de repetirle que los Castro tenían demasiada influencia, tanto en Castilla como en Portugal, y que había que pararles los pies. Además, Alfonso temía que el enlace arrastrara a Portugal a la guerra civil que por entonces desangraba Castilla, que enfrentaba al rey con su hermanastro Enrique de Trastámara.

El infante Pedro no se atuvo a razones, hartó estaba de esperar mientras vivía su esposa Constanza. Hizo caso omiso de las advertencias de su padre y se casó igualmente con Inés... pero en secreto, tras lo cual la pareja se instaló en Coímbra.

Un rey difícilmente tolera un desplante así. Alfonso VI no sabía cómo reaccionar, dividido entre el deseo de proteger los derechos sucesos-

rios de su nieto Fernando, hijo de Constanza, un chiquillo débil y enfermizo, y el rechazo a acabar con la vida de Inés, que al cabo no tenía culpa de nada.

Finalmente, decidió tomar cartas en el asunto. En 1355, aprovechando que su hijo estaba de cacería, se presentó en la *Quinta das lágrimas*, donde vivía la pareja, en compañía de tres caballeros: Pedro Coelho, Diego López y Álvaro Gonçalves.

Inés adivinó sus intenciones. Salió a recibirlo rodeada por sus hijos —tuvo cuatro con Pedro—, y con voz calmada y digna, con súplicas y buenas palabras, consiguió apaciguar los ánimos del rey, que tras un largo instante de duda se dio la vuelta para marcharse.

Pero no llegó a hacerlo. Al alejarse de Inés, los caballeros que le acompañaban insistieron en que reconsiderase su postura. No podía dejar a Inés con vida, no podía dejar impune la afrenta de su hijo, su desobediencia. Le rogaron que les dejase a ellos tomar cumplida venganza.

Y el rey terminó accediendo.

Los tres felones, Coelho, López y Gonçalves, regresaron a la quinta y dejaron claro quién mandaba en Portugal de forma inapelable: a puñaladas.

Cuentan que Pedro, al enterarse, se cubrió el rostro con un velo negro para que nadie pudiera ser testigo de su dolor. Pero su ira sí fue pública: se alzó en armas contra su padre y sus ejércitos arrasaron el país entre el Duero y el Miño... con lo que, una vez más, fueron los humildes los que pagaron el pato de los enfrentamientos entre los poderosos.

Dos años después, en 1357, falleció Alfonso IV y Pedro, que por entonces ya era conocido como «el Justiciero», ascendió al trono.

Había llegado la hora de la venganza.

Los asesinos pusieron pies en polvorosa, pero el rey consiguió capturar a dos, Pedro Coelho y Álvaro Gonçalves, a los que arrancó el corazón. Literalmente. Después declaró que Inés y él habían estado casados, hizo exhumar sus restos y se los llevó a Alcobaça, donde ordenó que la vistieran con ropajes reales, la sentó en el trono, la coronó reina de Portugal y obligó a sus cortesanos a besar la mano del cadáver.

O, al menos, eso es lo que cuenta la leyenda, que siempre es lo que preferimos creer. ¿Qué amor puede ser grande sin sus correspondientes dosis de tragedia, venganza y reparación?

Después, imagino que más calmado, el nuevo rey ordenó tallar un hermoso sepulcro de mármol blanco para Inés y otro para él y los colocó enfrentados, pies con pies, para que el día de la resurrección lo primero que vieran ambos fuera el rostro de su amor. No sé si se verán, que en esto de resucitar nadie ha vuelto para contarlo (lo que no es obstáculo para que muchos aseguren saberlo todo sobre ese imaginario mundo tras la muerte), pero los sepulcros son verdaderas obras de arte, rebosantes de figuras etéreas y símbolos bellamente tallados. La prueba física de un amor tan trágico como inmortal. O justamente lo contrario: terriblemente mortal.

Inés no fue la única reina trágica de su familia, ni siquiera de su generación. Aunque no es una historia muy conocida, opacada por el brillo trágico de la de Inés y Pedro, esta tenía una hermana legítima, Juana de Castro, que al parecer era tan hermosa y deseable como la propia Inés. Y que tuvo la desgracia de cruzarse en el camino de otro Pedro, el rey de Castilla.

Hacia 1353, dos años antes de la muerte de Inés, el rey Pedro I conoció a Juana de Castro, que acababa de quedarse viuda, y se enamoró locamente de ella. Pero el rey estaba casado y Juana, que debía de tener la cabeza bien puesta sobre sus hombros, se negó a compartir el lecho de un rey bien conocido por su facilidad para enamorarse y desenamorarse. Pedro porfió, pero las condiciones de Juana eran firmes: solo se dejaría arrastrar al lecho si antes Pedro se separaba de su esposa, la reina Blanca de Borbón, y se casaba con ella.

Pedro, desesperado, obsesionado con la idea de poseer a la bella Juana y dispuesto a todo, que por algo era rey, consiguió que los obispos de Ávila y Salamanca testificasen que su enlace con Blanca nunca se había consumado y que lo declararan nulo. En abril de 1354, en Cuéllar, Segovia, Pedro I de Castilla y Juana de Castro contrajeron matrimonio... solo después de que el rey accediera a entregar a Juana los castillos de Castrojeriz en Burgos y Dueñas en Palencia y el alcázar de Jaén en concepto de dote. O de soborno, qué más da.

La noche debió de ser épica, a juzgar por lo que costó. Y por sus consecuencias, porque Juana quedó embarazada y dio a luz a un hijo, Juan de Castilla.

Pero, por la mañana, todo cambió. Satisfecha su lujuria, Pedro I desapareció. Literalmente. Abandonó a la nueva reina y corrió a los brazos de su amante de siempre, María de Padilla.

Nunca volvieron a verse.

Juana de Castro vivió veinte años más, durante los cuales se tituló reina de Castilla y León. Hoy, aunque está lejos de ser tan hermoso como el de su hermana Inés, puede verse su sepulcro en otro lugar imponente: en la capilla de las reliquias del Panteón Real de la catedral de Santiago de Compostela.

En Alcobaca no hay área para autocaravanas, pero la aplicación Park4night, que usaré durante todo el viaje, me indica un aparcamiento solitario en una calle de las afueras, la rúa Leiría, en el lateral del hospital de San Francisco. Dejo allí la Lagartija y voy a dar una vuelta por el pueblo bajo un sol tibio de última hora.

Al principio me parece una población portuguesa más, una de esas villas tranquilas y hermosas que parecen bostezar bajo el sol invernal. Hasta que localizo, no lejos de donde he aparcado, la impresionante mole de piedra del monasterio, que por cierto es Patrimonio de la Humanidad y alberga, además de los sepulcros de Inés y Pedro, rincones de gran belleza, hermosos claustros e inmensas salas abovedadas. Paseo ante él con asombro, pues no he buscado información antes de llegar y no tenía ninguna imagen previa en la cabeza.

De hecho, ni siquiera pensaba dormir aquí. Si me he desviado hasta Alcobaca en vez de dirigirme a Castelo Branco, donde tenía intención de detenerme hoy, es porque en una parada del camino consulté las previsiones meteorológicas para Castelo y comprobé que habían empeorado y que las temperaturas nocturnas bajarán allí de cero grados. Alcobaca, cerca de la costa, no solo me ofrecía la posibilidad de visitar el lugar de reposo de un personaje que conozco desde niño, sino que aquí, al estar más cerca de la costa, las temperaturas son algo más suaves. Y esa es una de las grandes ventajas de viajar con la casa a cuestas: puedes cambiar los planes en cualquier momento, sin preocuparte por reservas u hoteles.

No entro en el monasterio porque es tarde y prefiero verlo mañana con calma. En vez de eso doy un paseo y me paro con un simpático perso-

naje que, caracterizado como Pedro I, se busca la vida en la explanada del monumento. Es un hombre cordial, muy agradable, al que invito a tomar una cerveza. La rechaza porque, dice, está en horario de trabajo. Charlo un rato con él y me cuenta que la crisis le dejó sin trabajo y que lo pasó mal hasta que se le ocurrió lo que ahora hace, que no es ninguna maravilla pero que le permite ir tirando.

Tras despedirme, me tomo la cerveza en una terraza cercana mientras apuro los últimos rayos de sol. Con la mole del monasterio ante mí, me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado nuestra forma de viajar desde que existe Google Maps. Hace no tanto, diez o quince años, aún quedaban resquicios para el asombro, el descubrimiento y la sorpresa. Viajar todavía era una incógnita. No sabías cómo era el lugar al que te dirigías, más allá de unas fotos, unas frases sacadas de cualquier folleto y los consejos o descripciones de viajeros que hubieran visitado el lugar antes que tú. Cuando llegabas podías llevarte un chasco o quedar admirado, y ambas posibilidades formaban parte del placer de viajar.

Internet y Google Maps han acabado con todo eso. Con la incertidumbre, con el asombro y con el misterio. Por supuesto que son herramientas formidables, tremendamente útiles, que nos evitan disgustos e incomodidades. Pero también han llenado nuestras expectativas de ideas preconcebidas, de imágenes y certezas. Si lo hubiera buscado, podría haber visto este monasterio desde Vigo, conocer su historia e incluso pasear por su interior, descubrir sus claustros y sus galerías, y también alrededor de él, y hasta ver la mesa en la que ahora mismo estoy sentado tomándome una cerveza. Algo impensable, literalmente impensable, hace tan solo veinte años.

Asombroso. Pero también, de alguna forma, perturbador. Me pregunto si llegará un momento en que, de la mano de la realidad virtual, la gente deje de viajar.

La noche, mi primera noche de viaje, transcurre sin problemas. Me acuesto con algunos temores rondándome, si vendrá alguien a incordiar, si la policía urbana me dirá algo, si hará demasiado frío... Pero se quedan en nada. El lugar es de lo más tranquilo y la calefacción funciona perfectamente, manteniendo el interior a unos agradables dieciocho grados

mientras fuera las temperaturas rondan los cero. Por la mañana, muy temprano, con el cielo todavía a oscuras tras las ventanillas de la Lagartija, me preparo mi primer desayuno y me siento en el lugar del conductor con una taza de café en la mano a contemplar cómo el mundo va despertando entre reclamos de gallos.

A media mañana, tras visitar el monasterio, emprendo el camino hacia Alcántara, ya en Extremadura, muy cerca de la frontera. El día, aunque frío, es soleado, y llena de luz la cabina de la Lagartija.

De repente, el mundo se ennegrece.

Es una visión dura y terrible, aunque demasiado familiar, que me trae a la memoria los trágicos sucesos del pasado verano, cuando Portugal sufrió una devastadora ola de incendios que mató a más de treinta personas: ejércitos de eucaliptos calcinados, sus cadáveres delgados y enhiestos al sol, impúdicos y desvergonzados como las estacas de Vlad el Empalador. Durante kilómetros todo es desolación, negrura, silencio y rocas desnudas, desprovistas del manto protector del humus tras las lluvias que han arrastrado la tierra hacia los ríos.

Kilómetros y kilómetros de devastación.

Hasta que de golpe todo acaba. Tengo la impresión de haber dado un salto en el espacio y haber aterrizado en algún lugar distante. No es solo que haya superado el territorio incendiado: es la misma vegetación la que cambia. Los alcornoques y los olivos sustituyen a los despojos de los eucaliptos y el mundo retorna al verde. Renace la vida y empiezo a cruzarme con hatos de vacas que pacen indiferentes al sol, con yeguas que me contemplan con curiosidad al pasar, con aves rapaces que avizoran la Lagartija con el desdén del que esconde su impotencia frente a una presa inalcanzable. La belleza del paisaje es tal que me hace añorar intensamente el mundo que los eucaliptos han hecho desaparecer, esos bosques caducifolios de Galicia que hace solo cincuenta años parecían eternos.

Cruzo la frontera por el puente romano de Segura. Salva el río Erjas, que sirve de divisoria entre España y Portugal hasta que, unos kilómetros más adelante, desemboca en el Tajo y este toma el relevo.

Estoy en Extremadura.

Ahora sí, ahora comienza, por fin, mi viaje al interior.

EXTREMADURA

